

SOMOS HECHURA DE DIOS
CREADOS EN CRISTO JESÚS PARA BUENAS OBRAS

ENSAYO 3 – DIOS NOS GUÍA —
SU LEY EN LA BIBLIA NOS GUÍA EN UNA VIDA PIADOSA

POR
REV. BRESTER MSOWOYA
MALAWI

PRESENTADO A LA REUNIÓN TRIENAL DE LA CONFERENCIA
EVANGÉLICA LUTERANA CONFESIONAL 2014
LIMA, PERÚ

La identidad de un cristiano

El tema de esta convención de la Conferencia Luterana Evangélica Confesional (CELC) es *Somos hechura de Dios – Creados en Cristo Jesús para buenas obras*. Cuando leí el tema, pensé en una identidad que todo verdadero cristiano debe buscar. ¿Cuáles son las señales distintivas o las características que demuestran que un cristiano es totalmente diferente del resto de las personas de la sociedad? ¿Qué puedo hacer para demostrarle a la gente del mundo que soy cristiano? En su Palabra, Dios nos da una guía para la vida cristiana. Los Diez Mandamientos son la norma divina de lo que debo hacer y de la manera como debo vivir siendo hijo de Dios. Si cumpla los mandamientos de Dios, las otras personas podrán identificarme como cristiano.

En Malawi, tenemos muchas tribus diferentes que hablan distintos idiomas; cada tribu tiene su cultura particular, y la cultura hace que cada grupo sea diferente de los demás. Por ejemplo, la tribu de los Ngoni tiene unas danzas tradicionales que son muy diferentes de las danzas de la tribu Chewa. La ropa tradicional que usan es también muy diferente. Al observar el traje y las tradiciones de una persona, la podemos identificar como Chewa o Ngoni.

Si hasta los del mundo que no pertenecen a una iglesia andan en búsqueda de identidad y de reconocimiento en la sociedad, ¿cuánto más deben los cristianos tratar de establecer su identidad? El establecimiento de nuestra identidad cristiana nos beneficiará no sólo a nosotros, sino también al mundo entero. Y los beneficios que vienen de eso no son sólo temporales y terrenales, sino también espirituales y eternos.

Dios creó a la humanidad con un propósito

¿Qué significa que somos “hechura de Dios”? Significa que Dios creó a la humanidad con un propósito. ¿Y cuál es ese propósito? El apóstol Pablo dijo: “Somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús *para buenas obras*” (Efesios 2:10).

No son sólo los cristianos los que quieren hacer buenas obras; también las personas mundanas hacen buenas obras porque quieren quedar bien ante los demás. No quieren que su nombre y su reputación se vean empañados porque han hecho cosas vergonzosas. En resumen, las gentes de este mundo hacen buenas obras, porque quieren que otros los consideren buena gente.

En otras ocasiones, la gente hace el bien a otros con la esperanza de recibir una recompensa. En Malawi, hay un dicho: *Mbale ya therere, imakoma n'kuyenderana* (“Es bueno intercambiar un plato de quimbombó”), lo que significa que cuando alguien le ha hecho a usted el bien, usted, a su vez, también debe hacerle el bien.

Ésas son algunas de las razones por las que la gente de este mundo hace buenas obras. Sin embargo, estas buenas obras son sólo actos de justicia civil; la gente las hace sólo para su propio beneficio y para complacer a los demás.

Pero los creyentes hacen buenas obras por una razón muy diferente. Los creyentes no hacen buenas obras para su propio beneficio: todo lo hacen para Dios. Incluso

cuando están trabajando en beneficio de sus semejantes, siempre es Dios quien los mueve y los motiva a hacer buenas obras.

Razones para hacer el bien

La razón principal por la que los cristianos hacen el bien es que Dios nos ha justificado por su gracia en Cristo; nos ha librado del castigo eterno en el infierno. Juan 3:16 dice: “Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna”. Es así como Dios el Padre mostró su amor por nosotros: no escatimó a su Hijo unigénito, sino que lo dio al mundo para redimirlo por medio de su muerte como sacrificio por el pecado. El apóstol Pablo dijo: “Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte” (Efesios 2:8-9). Pablo dijo también: “Por tanto, así como una sola transgresión causó la condenación de todos, también un solo acto de justicia produjo la justificación que da vida a todos” (Romanos 5:18). Con estas palabras Pablo nos dice que Dios el Padre ha declarado al mundo no culpable de pecado por su gracia, porque envió a su Hijo Jesucristo a morir por nosotros. Dios lo hizo todo; nosotros no hicimos nada bueno para complacerlo, para que nos declarara inocentes. ¡No, es por gracia, por el amor y la misericordia de Dios que no merecemos! Aunque todos somos pecadores, Dios no quiere que perezcamos, sino que tengamos vida eterna.

El misericordioso don divino de la justificación llega a ser mío por medio de la fe. Pablo dijo: “Le creyó Abraham a Dios, y esto se le tomó en cuenta como justicia... Y esto de que «se le tomó en cuenta» no se escribió sólo para Abraham, sino también para nosotros. Dios tomará en cuenta nuestra fe como justicia, pues creemos en aquel que levantó de entre los muertos a Jesús nuestro Señor” (Romanos 4:3,23-24). Dios les confiere la justicia de Cristo a todos los que creen en él. Éste era desde el principio el plan de salvación de Dios con Adán y Eva (Génesis 3:15). “Sostenemos que todos somos justificados por la fe, y no por las obras que la ley exige” (Romanos 3:28).

Mi propósito en todo esto no es sólo explicar cómo somos salvos, sino que detrás de todo lo que hacemos tiene que haber una razón, un incentivo o un motivo. Cuando los creyentes hacen buenas obras, la razón, el motivo y el incentivo es que Dios los ha justificado gratuitamente por su gracia. Las buenas obras que hacen no son para ganar ni para merecer el perdón de Dios, sino únicamente para expresar su gratitud, para dar gracias por todo lo que Dios ha hecho.

Fue por esa obra de justificación que Dios nos creó de nuevo para que podamos hacer buenas obras. Volviendo otra vez a Efesios 2:10, el Apóstol Pablo dijo: “Somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras”. Dios ha hecho la obra en nosotros. “En Cristo Jesús” ha creado una nueva persona en nosotros, una persona que ama a Dios y quiere obedecer sus mandamientos. Dios hizo todo esto para que podamos servirlo a él y servir a otras personas con buenas obras. Y por eso san Pablo le dijo a Timoteo: “Esfuézate por presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse” (2 Timoteo 2:15). Con estas palabras Pablo nos anima a hacer un trabajo bueno y piadoso. Sí, es verdad que Dios acepta todas las obras que se hacen en la fe, pero vamos a “hacer todo lo posible” para producir buenas obras de la más alta calidad.

Los cristianos son ‘nuevas creaciones’

¿En qué sentido es cada cristiano una “nueva creación”? Cuando al principio Dios creó al ser humano en el jardín del Edén, lo hizo para que fuera perfecto. La Biblia dice: “Dios miró todo lo que había hecho, y consideró que era muy bueno” (Génesis 1:31). Y, en el capítulo 2 vuelve a decir: “Dios el Señor tomó al hombre y lo puso en el jardín del Edén para que lo cultivara y lo cuidara, y le dio este mandato: «Puedes comer de todos los árboles del jardín” (Génesis 2:15-16). Estos versículos muestran que la vida era buena antes de la caída. Adán y Eva estaban en paz con Dios. Dios los visitaba y hablaba con ellos cara a cara en un mundo perfecto, un mundo sin pecado. A Adán y Eva no les faltaba nada; el mundo entero les pertenecía.

La perfecta relación de la humanidad con Dios fue destruida cuando Adán y Eva pecaron. “Dios el *SEÑOR* llamó al hombre y le dijo: — ¿Dónde estás? El hombre contestó: —Escuché que andabas por el jardín, y tuve miedo” (Génesis 3:9-10). El pecado trajo el temor y la vergüenza al corazón de Adán; destruyó su buena relación con Dios. De ese momento en adelante, la vida ya no iba a ser fácil, iba a haber dolor y sufrimiento. Los seres humanos tendrán que sudar para hallar su alimento (Génesis 3:19).

Pero Dios restauró la buena relación entre él y los seres humanos por medio de la promesa del Mesías. En Génesis 3:15, Dios dijo: “Pondré enemistad entre tú y la mujer, y entre tu simiente y la de ella; su simiente te aplastará la cabeza, pero tú le morderás el talón”. Adán y Eva creyeron estas palabras acerca de la venida del Mesías; y cuando creyeron, “Dios se lo contó por justicia”. Ésa fue su creación espiritual, su renacimiento espiritual.

De la misma manera, todo cristiano está hecho para ser una nueva creación a través de la fe en el Evangelio. El apóstol Pablo dijo: “Así que la fe viene como resultado de oír el mensaje, y el mensaje que se oye es la palabra de Cristo” (Romanos 10:17). Jesús también le dijo a Nicodemo: “Yo te aseguro que quien no nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:5). Ésta es la creación espiritual, el renacimiento espiritual, que tiene lugar cuando el evangelio en Palabra y sacramento hace su obra de conversión en el corazón del hombre.

Expectativas

Ahora, ¿qué hacen los del pueblo del Señor después de esta transformación espiritual? Viven conforme a la voluntad de Dios, llevando una vida santificada. Hacen buenas obras de fe. Por esa razón Timoteo pudo ser “aprobado” como obrero (2 Timoteo 2:15). Dios aprobó a Timoteo porque él mismo había hecho de Timoteo una nueva creación. Ahora, ¿cuáles son las buenas obras que el Señor espera que haga Timoteo y que hagamos nosotros?

El apóstol Pablo dijo: “Él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; y a otros, pastores y maestros, a fin de capacitar al pueblo de Dios para la obra de servicio, para edificar el cuerpo de Cristo” (Efesios 4:11-12). Esto es lo que el Señor nuestro Dios hace en nosotros y por su iglesia. Él escoge hombres, los justifica, los santifica y los designa para servir como obreros llamados en su iglesia. El ministerio público es sólo una de las buenas obras de fe por la que respondemos al amor

de Dios. Como ministros públicos, compartimos el evangelio en Palabra y sacramentos. Eso es lo que estamos haciendo la mayoría de los que estamos en este recinto.

Retos

¿Es fácil eso? ¡No, en absoluto! En su país de origen, ¿cómo pueden responder las personas cuando Dios las llama al ministerio público? En mi país, Malawi, la persona podría dudar. Dudan porque cuando se ven en la obra del ministerio, ven muchos problemas. Los pastores tienen que trabajar con personas que tienen orígenes muy diferentes y muy diferentes formas de pensar. Habrá desafíos financieros. Incluso en comparación con otros “funcionarios públicos”, un pastor probablemente recibirá un salario muy bajo; en algunos casos, su salario puede ser inferior a 30 dólares en un mes, alrededor de un dólar por día. Eso es muy poco en comparación con el nivel de vida en ese país. Hermanos, es probable que ocurra lo mismo en su país de origen. Según mis observaciones, todos experimentamos los mismos retos, y sin embargo, estamos comprometidos con la obra de Dios. Sabemos que es el mismo Dios Todopoderoso el que nos ha llamado a este trabajo. Él es el que controla todos los retos por los que pasamos para el bien de su pueblo. ¡Que su nombre sea alabado porque él sigue proviendo para nuestras necesidades y sostiene nuestra vida mientras hacemos este trabajo! Todo esto requiere fe y confianza.

San Pablo dice que Dios dio todos esos diferentes ministerios públicos “a fin de capacitar al pueblo de Dios para la obra de servicio” (Efesios 4:12). ¿Cuáles son esas obras de servicio? El Salmo 100 dice: “Aclamen alegres al Señor, habitantes de toda la tierra; adoren al Señor con regocijo. Preséntense ante él con cánticos de júbilo”. Ésas son algunas de las obras de servicio a las que se refirió Pablo en Efesios 4:12. Los pastores están llamados a preparar al pueblo de Dios para alabar al Señor y para cantar cánticos de júbilo para él en los santuarios de Dios.

Cultura

La cultura es otro gran desafío en África, particularmente en Malawi.

La palabra santificación se puede utilizar de dos maneras:

La santificación en su **sentido amplio** se refiere al conjunto de la obra del Espíritu Santo. Por medio de esa obra, el Espíritu crea la fe en el corazón y perdona los pecados por medio de la Palabra de Dios y los sacramentos del Bautismo y de la Cena del Señor. Pablo se refiere a la santificación en su sentido amplio cuando dice: “Nosotros, en cambio, siempre debemos dar gracias a Dios por ustedes, hermanos amados por el Señor, porque desde el principio Dios los escogió para ser salvos, mediante la obra santificadora del Espíritu y la fe que tienen en la verdad. Para esto Dios los llamó por nuestro evangelio” (2 Tesalonicenses 2:13,14).

La santificación en su **sentido estricto** se refiere a la obra del Espíritu Santo de motivar, capacitar y guiar a su pueblo a vivir según la voluntad de Dios.

En mi cultura, la gente tiene una cierta confusión sobre el primer punto, acerca de la purificación y limpieza del pecado. Esa confusión conduce a problemas en el segundo punto, en la forma en que conducen sus vidas.

La mayoría de las tribus de Malawi tienen prácticas de limpieza y purificación, como una forma de complacer a sus espíritus ancestrales. La gente cree que si no se realiza esa limpieza, entonces algo malo le va a pasar por el mal que han hecho. Ésas son cosas que pasan desde el momento en que una persona nace hasta el momento de su muerte. Por ejemplo, hay muchos tabúes que se observan cuando nace un niño, que están relacionados con la purificación (“santificación”). Le dan el nombre de limpieza.

Cuando nace un bebé, la madre y el niño son considerados impuros hasta que se haya llevado a cabo una ceremonia de limpieza. A nadie se le permite tocar al bebé hasta que se haga la limpieza. La gente piensa que si alguien toca al bebé antes de que se haya realizado la limpieza, el bebé va a morir. Dos o tres señoras mayores llegan con hierbas, y llevan al niño a un lugar en el pueblo donde se quema la basura, porque la gente piensa que los espíritus viven en ese lugar. Ponen el bebé en un mortero que se utiliza para moler el grano y luego bañan al niño con hierbas africanas. Sólo después de que han hecho esto la gente puede tocar al bebé.

A la madre del bebé se le pide que se mantenga alejada de otras personas durante 30 días después del nacimiento del niño. Durante este tiempo, no se le permite cocinar ningún tipo de comida para su familia, ni se le permite poner sal en ella; sólo puede cocinar para ella misma. Hasta que no hayan transcurrido 30 días, a la madre no se le permite cambiarse de ropa; debe seguir usando la misma ropa que tenía cuando nació el bebé. Ella no recibe la Cena del Señor durante el tiempo de purificación, no porque alguien se lo haya prohibido, sino porque la mujer considera que es impura. Cuando han transcurrido 30 días, las mujeres le afeitan el cabello a la madre y ella toma un baño con hierbas tradicionales. La ropa que usó durante los 30 días se da a una anciana que representa a los espíritus de sus antepasados muertos. Después se le pide a la madre que cocine alimentos para todas las personas que estén presentes en ese día. Eso marca el final de la ceremonia de limpieza.

En Malawi, la gente está muy confundida por todo esto. En su mente, la obra del Espíritu Santo por la cual nos purifica y nos limpia del pecado (es decir, la santificación cristiana) es exactamente lo mismo que los rituales tradicionales de limpieza que purifican a una madre después del parto. Piensan: “Si Dios exige que su pueblo sea santificado o purificado de sus pecados a través de la obra del Espíritu Santo, entonces no puede ser incorrecto realizar los rituales tradicionales de purificación para complacer a los espíritus de los antepasados”.

¿Qué significa esto, especialmente para mis hermanos que sirven a personas que ya están llenas de estas tradiciones? Significa que se va a necesitar mucha explicación y paciencia para distinguir entre la limpieza tradicional y la santificación por nuestros pecados por el Espíritu Santo.

Falsa Enseñanza – Otras denominaciones

Otro reto al que nos enfrentamos en el sur de África proviene de las enseñanzas falsas de otras denominaciones, especialmente las enseñanzas de las iglesias pentecostales. Ellos enseñan que el Espíritu Santo no sólo nos santifica del pecado, sino que también nos da poder para sanar y echar fuera demonios. Piensan que si un creyente no experimenta estas cosas, entonces significa que el Espíritu Santo no lo ha santificado. Pero el que tiene el Espíritu Santo debe hablar en lenguas, tener visiones y sueños, y realizar curaciones.

En su Primera Carta a los Corintios, el apóstol Pablo no dice que todos los creyentes van a recibir esos dones del Espíritu. Dice: “Hay diversos dones, pero un mismo Espíritu. Hay diversas maneras de servir, pero un mismo Señor. Hay diversas funciones, pero es un mismo Dios el que hace todas las cosas en todos. A cada uno se le da una manifestación especial del Espíritu para el bien de los demás. A unos Dios les da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otros, por el mismo Espíritu, palabra de conocimiento; a otros, fe por medio del mismo Espíritu; a otros, y por ese mismo Espíritu, dones para sanar enfermos; a otros, poderes milagrosos; a otros, profecía; a otros, el discernir espíritus; a otros, el hablar en diversas lenguas; y a otros, el interpretar lenguas” (1 Corintios 12:4-10). Aquí el apóstol no dice que todos los que han sido santificados por el Espíritu Santo tendrán automáticamente todos estos dones espirituales. ¡Todo lo contrario! Dice: “Todo esto lo hace un mismo y único Espíritu, quien reparte a cada uno según él lo determina” (v. 11). No estoy tratando de limitar el poder del Espíritu en la vida de sus creyentes, pero tenemos que advertir a nuestro pueblo para que no se deje seducir por esos falsos profetas, que engañan a la gente hablando de sanidades, profecías y lenguas que no tienen nada de verdad.

Muerte

Otro gran desafío cultural en un área de mi país, cuando se trata de llevar la enseñanza de la santificación, surge cuando muere un esposo.

En Malawi, algunas personas creen que uno no muere realmente hasta que se hayan realizado algunos rituales. Esas personas creen que esos rituales sacan de la casa el espíritu de la persona muerta y lo llevan al mundo de los espíritus, que muchos creen que es el cementerio.

Por ejemplo, cuando muere un esposo, muchas personas creen que el espíritu del muerto sigue teniendo el control de la afligida esposa hasta que se haga el acto de limpieza. En otras palabras, el acto de limpieza aparta de la viuda al espíritu del muerto. La viuda tiene que dormir con el esposo muerto hasta que el cadáver sea llevado a enterrar. Pero como en ese momento la mujer se vuelve débil, queda triste y desamparada, esto no sucederá hasta más tarde. Un hombre del pueblo que no esté relacionado con la familia va por la noche y duerme con la viuda; se supone que eso hace huir al espíritu del muerto y que se aleje de la viuda. Esto también se llama limpieza. La gente cree que si no se hace eso, el espíritu del muerto será infeliz y todo el pueblo va a morir. Lo lamentable es que esto todavía se practica entre los creyentes, en secreto por la noche. La gente hace estas cosas porque tiene miedo a la muerte.

Cuando las personas llevan esas vidas pecaminosas, tenemos que predicarles la ley de Dios. Tenemos que mostrarle a nuestro pueblo por medio de las Escrituras que ésta no es la limpieza del Espíritu Santo, que los santifica y los hace santos. Lo que hacen es

pecaminoso y malo. Pablo dice: “Las obras de la naturaleza pecaminosa se conocen bien: inmoralidad sexual, impureza y libertinaje; idolatría y brujería; odio, discordia, celos, arrebatos de ira, rivalidades, disensiones, sectarismos y envidia; borracheras, orgías, y otras cosas parecidas. Les advierto ahora, como antes lo hice, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (Gálatas 5:19-21). Eso es lo que tenemos que enseñarle a nuestro pueblo que sigue practicando esos actos malvados, como parte de su religión tradicional africana.

Pero es más, cuando las personas ignoran la obra santificadora del Espíritu Santo por medio de la fe en Jesucristo, tenemos que predicarles el evangelio; tenemos que decirles que “la sangre de su Hijo Jesucristo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Y cuando tengan temor a la muerte, tenemos que recordarles que Jesús ha ganado la victoria sobre la muerte. Pablo dijo: “La muerte ha sido devorada por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la ley. ¡Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!” (1 Corintios 15:54-57).

Esas buenas noticias no son sólo para las personas que practican la religión tradicional africana en los funerales, porque tienen miedo a la muerte; son para todos nosotros que tenemos miedo a la muerte por causa de nuestros pecados. La Escritura dice que Cristo ha pagado nuestros pecados. La salvación es nuestra. ¡Créalo!

PREGUNTA: Éstos son algunos de los retos que enfrentan los pastores luteranos en el sur de África cuando enseñan la doctrina de la santificación. ¿Qué desafíos enfrentan ustedes en sus áreas cuando enseñan la santificación a su pueblo? ¿En qué aspectos es similar su cultura a la mía? ¿En qué aspectos es diferente?

Dios nos guía

Hemos dicho muchas cosas acerca de ser hechura de Dios creada en Cristo Jesús para buenas obras. Hemos tratado de explicar de diferentes maneras lo que esto significa y cómo la persona es creada espiritualmente. También hemos sugerido cómo se puede llevar una vida santificada mediante obras de la fe a pesar de que hay un sinnúmero de retos y dificultades.

Incluso en las cosas del mundo, si un individuo va a hacer el bien, necesita que lo guíen, lo controlen, e incluso que lo motiven. Por ejemplo: cada estado tiene sus propias reglas y leyes que ayudan a gobernar el país; esas leyes le dicen a la gente cuáles acciones son aceptables y cuáles no lo son. Si las personas hacen lo correcto, de acuerdo a la ley, el gobierno las protegerá. Si hacen lo que según la ley es lo incorrecto, el gobierno las va a castigar.

La ley como guía

Dios usa su ley de manera similar. Por medio de la ley, nos muestra lo que es aceptable y lo que no es aceptable. Si podemos vivir de acuerdo con la ley de Dios, él nos va a bendecir, pero también amenaza con los castigos de la muerte y del infierno a todo el que quebrante su ley.

El Artículo VI del Epítome de la Fórmula de Concordia dice que la ley ha sido dada por tres razones:¹

Que se mantenga una disciplina externa contra hombres desobedientes y rudos
Que los hombres sean conducidos al verdadero conocimiento de sus pecados
Que los regenerados tengan una norma fija de acuerdo con la cual han de regular y dirigir toda su vida.

Centrémonos en el número 3. Después de que un hombre ha sido convertido a la fe por medio del evangelio en Palabra y sacramentos, la ley sirve para guiarlo a llevar una vida santificada.

Tenemos que recordar que incluso después de que un hombre se convierte a la fe y ha nacido de nuevo, la naturaleza pecaminosa permanece en él. Por lo tanto, incluso el cristiano sigue necesitando la ley de Dios para que lo guíe. El salmista dijo: “Dichosos los que van por caminos perfectos, los que andan conforme a la ley del Señor” (Salmo 119:1). Pero eso les ha traído confusión a muchas personas. Algunos dicen: “Sí, los creyentes todavía necesitamos la ley para que nos guíe en la vida diaria”. Otros dicen: “No, no necesitamos la ley porque ahora somos hijos de la luz”.

Permítanme recordarles que incluso Adán y Eva, que eran perfectos y vivían en un mundo perfecto antes de la caída, también necesitaban la ley. Dios les dio una ley: “Del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer. El día que de él comas, ciertamente morirás” (Génesis 2:17). Si Dios dio la ley a Adán y Eva que no tenían pecado, ¿quiénes somos nosotros para decir que no necesitamos la ley? No creo que necesitemos a alguien con un doctorado para convencernos de que necesitamos la ley que nos guíe en la vida cotidiana. La Palabra de Dios es “una lámpara a mis pies; una luz en mi sendero” (Salmo 119:105). Como todavía estamos en esta carne pecaminosa, necesitamos que la ley nos guíe para que podamos llevar una vida que agrade a Dios. Y vivimos esta vida agradable a Dios, no para ganar su favor, sino porque Dios ya nos ha rescatado del pecado y de la muerte por medio de su Hijo Jesucristo. El hecho de que a menudo dejamos de obedecer la voluntad de Dios es una clara señal de que no somos perfectos. Necesitamos a Jesús para el perdón de los pecados, y necesitamos la ley de Dios para que nos guíe a llevar una vida piadosa.

Motivación y poder del Evangelio

¹ Cita completa: “La ley fue dada a los hombres por tres razones: Primero, para que por medio de ella se mantenga una disciplina externa y así se repriman las manifestaciones de rudeza y desobediencia de los hombres; segundo, para que los hombres sean conducidos al verdadero conocimiento de sus pecados; tercero, para que los que han sido regenerados, y no obstante se ven afectados por la carne pecaminosa que aún se les adhiere, tengan una regla fija que ha de servir como regulador y guía de toda su vida. Acerca de este tercer uso de la ley surgió una disensión entre unos pocos teólogos, esto es, acerca de si se debe exigir o no que los regenerados observen la ley. Unos dicen que sí, otros dicen que no.” (Ep VI 1).

La ley nos puede guiar en la vida cristiana, pero la ley por sí misma no nos puede motivar ni nos puede dar el poder para vivir de acuerdo con la voluntad de Dios. La Fórmula de Concordia dice: “Pues es menester explicar con toda claridad lo que el evangelio hace, produce y obra para la nueva obediencia de los creyentes... Pues la ley dice por cierto que Dios desea y ordena que andemos en novedad de vida, pero no concede el poder y la capacidad para empezar a realizar esa nueva vida. En cambio, el Espíritu Santo, que es dado y recibido, no por medio de la ley, sino por medio de la predicación del evangelio (Gá. 3:2, 14), renueva el corazón.” (FC VI, DS, 10-11). Esto significa que la ley por sí sola sin el evangelio no tiene poder para producir buenas obras de obediencia. Es sólo por medio del evangelio de Jesucristo que la ley puede ser cumplida en nosotros. Sólo el evangelio puede motivar y capacitar a la gente para hacer lo que la ley requiere.

El apóstol Pablo dijo a los gálatas: “¿Recibieron el Espíritu por las obras que demanda la ley, o por la fe con que aceptaron el mensaje? ... Así sucedió, para que, por medio de Cristo Jesús, la bendición prometida a Abraham llegara a las naciones, y para que por la fe recibiéramos el Espíritu según la promesa” (Gálatas 3:2,14). Es por medio del evangelio que recibimos el poder del Espíritu para hacer lo que requiere la ley.

Adiáfora y libertad cristiana

Por medio de la ley, Dios nos da reglas muy específicas acerca de lo que debemos o no debemos hacer. Pero todo el mundo puede ver que hay muchas cosas que Dios no ha mandado ni prohibido. A esas cosas las llamamos *adiáfora*. Como Dios no manda ni prohíbe esas cosas, los cristianos son libres para hacer como quieran en esas áreas.

Desafortunadamente, hay muchas personas que no entienden la libertad cristiana. Algunas personas toman las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento, que no son vinculantes para los cristianos del Nuevo Testamento, y tratan de imponerlas a las personas. Aunque esas cosas son adiáfora, las han convertido en normas que la gente debe cumplir para agradar a Dios.

Otras personas establecen y ordenan sus propias reglas o normas para agradar a Dios. Por ejemplo, algunos insisten en que no hay que cortarse el cabello. Otros se cortan el pelo y se dejan sólo la barba larga. Algunos han obligado a la gente a no consumir ciertos tipos de alimentos y bebidas. Algunos le han prohibido a la gente que busquen atención en los hospitales cuando están enfermos. Algunos han rechazado cualquier tipo de placer en esta vida. Se les prohíbe ver la televisión o se les impide ejercer el derecho a votar por los líderes de su país en la época de las elecciones.

Ninguna de estas cosas es un error si se hace como adiáfora en la libertad cristiana, pero se convierten en error si se imponen a la gente como una manera de ganar el favor de Dios y la salvación. Siempre que se mandan esas cosas se están quebrantando dos principios bíblicos: En primer lugar, el principio de que somos salvos sólo por gracia mediante la fe en Jesús; y en segundo lugar, que los cristianos no están obligados por las leyes hechas por el hombre, sino que son libres para ejercer su libertad cristiana.

La Biblia dice con toda claridad que somos salvos sólo por gracia, no por la obediencia de la ley. El apóstol Pablo dijo: “Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras,

para que nadie se jacte” (Efesios 2:8-9). Una vez más, Pablo le dice a Tito: “Él nos salvó, no por nuestras propias obras de justicia sino por su misericordia” (Tito 3:5). Sólo Dios hizo la obra de la salvación por medio de su Hijo Jesucristo, quien murió en la cruz para salvarnos de nuestros pecados. Ésta es la gracia de Dios, el amor inmerecido de Dios para la humanidad. En cuanto a nosotros, sencillamente confiamos en lo que Dios ha hecho por medio de Jesucristo. En el Evangelio de Juan dice: “¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras que Dios exige? Ésta es la obra de Dios: que crean en aquel a quien él envió —les respondió Jesús” (Juan 6:28-29). Eso es lo que debemos enseñar a nuestra gente: no hay manera por la que el hombre puede agradar a Dios para la salvación aparte de creer en Jesucristo.

Acerca de la libertad cristiana y de la adiáfora, el apóstol Pablo dijo: “Así que nadie los juzgue a ustedes por lo que comen o beben, o con respecto a días de fiesta religiosa, de luna nueva o de reposo. Todo esto es una sombra de las cosas que están por venir; la realidad se halla en Cristo” (Colosenses 2:16). Eso es lo que dice la Biblia acerca de adiáfora. Si se hace o no se hace, no hay pecado.

Pero, al mismo tiempo Pablo también dijo: “Reciban al que es débil en la fe, pero no para entrar en discusiones... Por tanto, dejemos de juzgarnos unos a otros. Más bien, propónganse no poner tropiezos ni obstáculos al hermano” (Romanos 14:1,13). Pablo también les dijo a los creyentes de Corinto: “En conclusión, ya sea que coman o beban o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios. No hagan tropezar a nadie, ni a judíos, ni a gentiles ni a la iglesia de Dios” (1 Corintios 10:31-32). De esto aprendemos que el cristiano es libre para hacer las cosas que son adiáfora como un ejercicio de su libertad cristiana. Pero si ve que lo que quiere hacer podría hacer que su hermano tropiece en la fe, entonces la acción no glorifica a Dios y no debe hacerla.

Éstas son las cosas que deberíamos estar enseñando a nuestra gente en relación con la adiáfora, cosas que las Escrituras no mandan ni prohíben. Nunca debemos tratar de imponer ningún tipo de adiáfora a nuestros hermanos cristianos. Se puede hacerlas en la libertad cristiana con la conciencia tranquila. Y si alguien trata de obligarnos a hacer algo que es adiáfora, podemos mantenernos confiadamente firmes en nuestra libertad cristiana. Pero tenemos que explicar con claridad estos asuntos a los que no entienden el ejercicio de la libertad cristiana.

Esto es lo que puedo decir acerca de la libertad cristiana y de la adiáfora. Las aplicaciones específicas pueden cambiar de vez en cuando y de una cultura a otra, pero los principios y las verdades de las Escrituras nunca cambian.

Sobre el tema de la adiáfora, Edward Koehler dijo: “No podemos pecar para la gloria de Dios (Ro 2:23,24;6:1). Pero todo lo demás que hagamos en las diversas circunstancias de la vida, si lo hacemos por amor a Dios y para su gloria, es un servicio que le agrada a él. Dondequiera que Dios nos haya puesto en la vida... debemos cumplir fielmente con nuestro deber”.² Así que un cristiano no tiene que preguntar: “¿Cuáles son las obras que se supone que tengo que hacer, que le agradan a Dios?”. Todas las obras que se hacen por amor a Dios y para su honra y gloria, de buena voluntad, son obras que le agradan a Dios.

² Koehler, Summary of Christian Doctrine, 163.

Nuestro catecismo (Kuske, 1982) dice lo mismo. Hace la pregunta: “¿Por qué hago buenas obras gustosamente?” Se citan los siguientes pasajes:

El amor de Cristo nos obliga, porque estamos convencidos de que uno murió por todos, y por consiguiente todos murieron. Y él murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió por ellos y fue resucitado (2 Corintios 5:14,15).

Él [Jesús] se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo elegido, dedicado a hacer el bien (Tito 2:14).

A partir de estos versículos, el profesor Kuske concluye muy apropiadamente: “Hago gustosamente buenas obras para expresar mi amor y mi gratitud a Dios por toda su bondad para mí”.

Además, nuestro catecismo hace también esta pregunta: “¿Cuál es mi guía para hacer buenas obras?”. Las Escrituras dicen:

Tu palabra es una lámpara a mis pies; es una luz en mi sendero (Salmo 119:105).

No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta (Romanos 12:2).

La ley de Dios en la Sagrada Escritura nos guía a vivir de una manera que le agrade a Dios, y nos advierte que no nos conformemos al pecaminoso modo de vida de este mundo.³

Hay muchos retos al tratar de enseñar a los nuestros a hacer buenas obras utilizando el tercer uso de la ley (como guía). Uno de esos retos es la cultura. En Malawi y Zambia, la cultura confunde mucho a nuestra gente en este tema. La gente cree que todo sucede por una razón, tanto las cosas buenas como las malas. Se considera que hasta la muerte es algo que no puede ocurrir sin una razón. Cuando muere una persona, aunque sea de edad muy avanzada, la gente piensa: “Debe haber sido hechizada. ¿Por qué ha muerto *ahora*? Alguien debe estar detrás de esto”. O si a un niño se le diagnostica la malaria, la gente siempre va a preguntar: “¿Por qué sólo a mi hijo? Alguien debe de haber enviado el zancudo a picar a mi hijo”. Éstas son algunas de las creencias que se encuentran entre nuestra gente, especialmente entre los que viven lejos de la vida civilizada en las zonas urbanas.

Aquí hay otro desafío: la gente a menudo se ve obligada a hacer lo que otros quieren que hagan. Ése es un problema especial cuando la persona depende de otra para el sustento. Por ejemplo, los padres pueden obligar a sus hijos a obedecer, pero lo que mandan los padres no siempre es bueno. Si los niños no hacen lo que los padres les piden que hagan, van a estar en problemas. Lo mismo ocurre con las esposas; las mujeres tienen que obedecer a sus esposos, y si no lo hacen van a estar en dificultades.

³ Kuske, Luther’s Catechism, 200.

Los jefes pueden obligar a sus subalternos a hacer cosas que ellos quieren, y si no las hacen van a estar en problemas.

Pero los seres humanos no pueden decidir lo que es bueno y lo que es justo que nosotros hagamos. Sólo Dios puede hacerlo, y nos da su ley para guiarnos en la vida cristiana. El evangelio del perdón y la salvación nos motiva a obedecer esa ley, y hacer todas las cosas para la gloria de Dios, nuestro Salvador. Que Dios bendiga a todos los creyentes de modo que esta enseñanza de la Escritura sea preservada para las próximas generaciones. No olvidemos que somos hechura de Dios, creados para que Cristo haga su obra en nosotros. Que cada uno de nosotros recuerde hacer lo que Dios le ha pedido que haga y que nos ha dado la capacidad de hacerlo para su gloria.